

Caminar sobre el océano



La escena de una persona mirando el océano desde la costa es una imagen recurrente y poderosa. Se repite en la historia del arte, habita los relatos míticos, las fábulas locales, aparece en el cine y en todos los casos nos remite a un trasfondo poético de espera, acecho y nostalgia. El mar es una promesa y una fuente de sorpresa y asombro; es también el recuerdo ambiguo de un paisaje anterior, como si las olas en su incesante movilidad pudiesen coagular otra orilla donde encontrar reposo. El océano es también una aventura incierta y una llamada tenebrosa.

Cuándo miramos el océano ¿qué vemos, qué buscamos?, ¿qué secreto esconde esa persona que nos da la espalda, generalmente erguida y solitaria? Esta imagen, que nos afecta a todos, es posiblemente una de las escenas que mejor reflejan el carácter fáctico del hombre como criatura que espera.

Este texto quiere ser otra forma de erguirse en la orilla y sobrevolar el incesante silencio del oleaje, de quedarse quieto en la superficie inquieta y de abismarse en su intimidad abisal. El océano es un símbolo que nos habla del origen y el retorno. En el origen, dice el Génesis, “el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas” y, el Corán, “su Trono estaba sobre las aguas”; en la Taittirîya Samhita se lee: “Antiguamente el universo era fluido, estaba formado por agua” y en el Pañchavimsha Brâmana: “Estando maduras las aguas para la concepción, Vâyu se movió sobre su superficie”. Podríamos ampliar estas citas más allá de la tradición hindú y las tradiciones semíticas, pues todas se remontan a cosmogonías que tienen el agua como origen. Y es así porque las aguas son la sustancia que mejor representa las infinitas posibilidades de la creación; por eso el agua es la morada previa a toda existencia; es, por decirlo así, existencia sin forma y, por tanto, origen de toda manifestación.

El Espíritu se muestra en la superficie de las aguas, antes de que éstas se dividan, unas hacia la atracción y la condensación formando la tierra, y otras hacia la apertura y la purificación formando los mares; unas intimando con el espacio y las otras con el tiempo y ambas creando ese escenario que llamamos “cosmos”. Nos dicen las frases citadas que hay en el océano primordial una superficie, prefiguración del cielo, por donde transita Vâyu, y hay también, por extensión, un abismo donde se engendra la tierra y sus criaturas. Hay, pues, un océano de transparencia y otro de oscuridad, el hombre debe comprender esta doble incertidumbre, si no quiere ahogarse como los ejércitos del Faraón en el mar Rojo. Este relato de salvación, iluminación o discernimiento queda atestiguado en una curiosa coincidencia de caminantes sobre la superficie de la aguas: “En la cuarta vigilia de la noche, vino a ellos [Jesús] andando

sobre el mar” (Mateo 14,25), “Yo [el Buda] puedo caminar sobre el agua como si fuera tierra firme” (Sumyuttanikâya), “Indra, se mantiene sobre las aguas por su propia voluntad” (AtharvaVeda) y, para concluir, el yogui Pantañjali nos asegura que “al conquistar la corriente llamada udana (‘aliento’), el yogui no se hunde en el agua”.

En el ámbito de lo literario –que se sitúa en un plano inferior al mito–, el hombre halla en el océano paisajes para la conquista, la perfección y la aventura, en él encuentra elevación y en él sucumbe ante el terror de sus abismos. No es extraño que el océano sea la morada de Moby Dick y otros colosos, o en otra dirección el espacio ideal para encontrar islas perdidas y ensoñadas, tesoros y promesas paradisíacas. Algo queda del mito, incluso en la mentalidad moderna, que de vez en cuando, en esa factoría de sueños tumultuosos que es el cine, nos propone saliendo del mar criaturas como King Kong, veranos azules, sirenas, extraterrestres, reflataciones, etc.

El mar atrae al poeta y a la palabra a su liquidez: “El lenguaje debe estar henchido de agua” nos dice Bachelard. “Descendiste a los limos: penetraste en la noche y en la viscosidad: creció lo múltiple”, nos dice el poeta Angel Valente y en esa cocción abisal de las aguas oscuras Shakespeare nos anuncia en la voz de Ariel: “Nada de él se ha dispersado / sino que todo ha sufrido la transformación del mar / en algo rico y extraño”. Todo lo que desciende asciende, nos recuerdan los poetas, y en la oscuridad lunar crece lo múltiple y la promesa de la riqueza. Para encontrar tesoros hay que mojarse, nos advierte el refrán.

El mar, con su movimiento incesante, nos habla de quietud, en su profundidad insondable nos oculta promesas, con su extensión nos vuelve frágiles, con su humedad nos seca en el incendio de la espera. “Algo rico y extraño” atesora el mar, en él nace la vida nos dicen también los biólogos y a él regresan los ríos. Pero algo empieza a suceder entre sus aguas: estamos agotando sus tesoros, como agotamos a sus dioses, domesticamos sus monstruos y convertimos sus islas en residencias de vacaciones. El personaje que mira el mar, olvidó que existen otras orillas, no espera ninguna nave, parece que sólo ve agua, agua que escasea y agua que se agita. Cuando el mar inundó Nueva Orleans algún indio piel roja se acordó de las profecías de su tradición, que afirman que el hombre será desalojado y purificado por las aguas. La misma visión existe en el hinduismo, donde se precisa que el fin de los tiempos será por el agua. Proponemos recuperar la escena de un Noé más contemporáneo, que se prepara un arca para sobrevivir a la rebelión de los océanos, porque ya sabemos que sus aguas van a ser el azote de los tiempos venideros; los océanos crecerán, los océanos cambiarán el clima, los océanos practicarán la usura con sus alimentos, el equilibrio entre lo dulce y lo salado transformará las corrientes marinas... Estas son las predicciones de los climatólogos y los oceanógrafos; nosotros, en este texto, recordemos que el equilibrio entre lo dulce y lo salado es el equilibrio entre el hombre biológico y su naturaleza original, entre sus excesos y su excelencia; es el equilibrio necesario para poder andar sobre las aguas y no ahogarse.